

La
Sexta
esposa

SUZANNAH DUNN

*La
Sexta
esposa*

algaida
INTER

Título original: *The Sixth wife*
Editado en Reino Unido por: HarperCollins Publishers
77-85 Fulham Palace Road
Hammersmith, London W6 8J

Primera edición: octubre, 2009

© Suzannah Dunn, 2007
© Traducción: Miguel Marqués, 2009
© Algaida Editores, 2009
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-281-4
Depósito legal: M-37.962-2009
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Uno.....	11
Dos	19
Tres.....	25
Cuatro	31
Cinco	37
Seis	43
Siete.....	47
Ocho.....	53
Nueve	61
Diez	73
Once.....	87
Doce	95
Trece.....	105
Catorce.....	113
Quince.....	121
Dieciséis	131
Diecisiete.....	141
Dieciocho.....	145

ÍNDICE

Diecinueve	155
Veinte	161
Veintiuno.....	167
Veintidós	175
Veintitrés	185
Veinticuatro.....	197
Veinticinco	203
Veintiséis	215
Veintisiete.....	221
Veintiocho	235
Veintinueve	247
Treinta	253
Treinta y uno	265
Treinta y dos.....	275
Treinta y tres	289
Treinta y cuatro.....	301
Treinta y cinco.....	315
Treinta y seis.....	319
Treinta y siete	331
Treinta y ocho	337
Treinta y nueve.....	347
Cuarenta.....	353
Cuarenta y uno.....	361
Cuarenta y dos	369
Cuarenta y tres	373
Epílogo.....	385
Agradecimientos	391

Aquí yace la reina Kateryn, esposa del rey Enrique el VIII
y luego esposa de Thomas, señor de Sudeley,
almirante de Inglaterra y tío del rey Eduardo el VI.
Falleció el 5 de septiembre de MCCCCXLVIII.

Epitafio grabado en el féretro de Katherine Parr.

No puedo decir más que lo que mi señora de Suffolk decía:
«Dios es un hombre maravilloso».

Katherine Parr, en una carta dirigida a Thomas Seymour.

En este día ha muerto un hombre de gran ingenio y muy
poco juicio.

*La princesa Isabel, que más tarde reinaría como Isabel I,
en la ejecución de Thomas Seymour.*

UNO

NO TESTIFICARÉ. NO OBTENDRÁN DE MÍ NINGUNA ayuda. No es que la necesiten: el juicio es sólo una formalidad. Para él, todo ha terminado. No es necesaria esta investigación, ni la intimidación, ni las confesiones. En cualquier caso, se las deberían haber dejado a él; haberse ahorrado la molestia. Él habría terminado haciéndoles el trabajo. No habría llegado a ningún sitio al final. Habría quedado con las manos vacías.

Sin embargo, parece que no tienen otra cosa mejor que hacer que ensuciar la memoria de una buena mujer cuyo cadáver aún está tibio. Eso es lo que está ocurriendo: están dejándola por los suelos con lo que se había revelado acerca de su viudo. La hacían parecer una mujer engañada y desgraciada.

¿Kate?

Escuchad: ya había arreglado el asunto. Todo estaba solucionado. Se encargaría de Thomas y de los desastres que había provocado. Les salvaría a todos el pellejo.

Una equivocación: eso era todo lo que Thomas había sido en su vida. Podría no haber sido un error fatal, pero el curso de los acontecimientos lo hizo así.

No otorgaré testimonio y si vienen a buscar a alguien a mi morada, tendrán que rendir cuentas conmigo.

Eso ya lo saben.

Y por eso no han venido aún.

Les diré algo sobre Kate; les diré qué ocurrió con ella. Ella siempre actuó bien. Así hacía. Esa era Kate.

Y ahora ya no está entre nosotros. No pierdan atención.



Yo no acudí a su funeral. Lo arreglé todo el día de su muerte, ese largo, larguísimo día de su muerte. Entonces, cuando llegó la mañana, repentina como el correr una cortina, decidí no ir. No podía ver cómo la descolgaban al interior de esa cripta.

Podría decirse que no era necesario que fuera; se podría ver de esa manera. Había colaborado en los preparativos y sabía cómo se desarrollaría la ceremonia desde el primer momento hasta el último. Había engalanado la capilla, había tendido ricas telas sobre las barandas del altar, había supervisado a los hombres que se esforzaban por colocar los adornos negros bordados. Había planeado el cortejo hasta el último sirviente. Alguien debía hacerlo. Había elegido a cuatro caballeros que desfilaban encapuchados junto a los portadores del palio y a los dos antorcheros que los acompañarían. A continuación caminaría

Jane, la diminuta Jane Grey, de diez años, la plañidera mayor. Había instruido a su doncella sobre cómo llevar la cola de su vestido y la había advertido sobre cómo dar los pasos sobre las losetas sueltas. Había repasado los salmos y el sermón junto al reverendo Coverdale.

Había vestido a Kate para la ceremonia. Escogí como mortaja un vestido con el que me habría encantado ataviarla en vida: del rojo de los acebos y bordado en oro. Kate tenía ojos del pálido color del cielo al amanecer y un cabello dorado como el sol que decidí dejarle suelto para que volviese a parecer una niña.

Me quedé con el bebé durante la ceremonia. No podía creer que fuera nuestra compensación por la pérdida de Kate. Era un trueque tan injusto. La niña era algo delgada; nada que ver con mis hijos, que nacieron grandes y con la mirada franca y penetrante. Pero eran varones y desde el primer momento, el mundo se les brindaba para lo que les placiese. La niña estaba intranquila, así que decidí pasearla en brazos. Todo el mundo estaba en la capilla y la casa había quedado desierta. Jamás me había sentido tan sola. Quizá todo el mundo había muerto. Todos los hombres y mujeres del mundo; quizá pudiera salir de casa y caminar y no encontraría a nadie en ningún lugar. Seguiría andando hasta que yo también muriera. De hambre o de agotamiento o simplemente de pura soledad. ¿Es posible morir de soledad?

Me dolían los huesos cuando por fin la niña se quedó dormida, así que me senté justo donde estaba, en el primer sitio que me vino a mano: un arcón tapizado del corredor. Me dolía la espalda al apoyarla contra los paneles

labrados en madera de la pared. De repente, se abrió una puerta cercana. ¿Quién no había ido al funeral? Enseguida caí en la cuenta. Había, en efecto, una persona que no querría estar allí. Una persona a la que yo no deseaba ver. Debería haber pensado en ello. En él. Ahí estábamos, mirándonos frente por frente. Mi corazón enfureció; cada latido era una punzada. Su belleza dolía: siempre había sido todo lo que Kate no era, y ese día más que nunca. Tal hermosura resplandeciente era una afrenta en este, el más oscuro de los días. Deseé arrancársela de un golpe.

Una sombra frunció su ceño. Sabía lo que quería decir con ella: ¿no deseaba yo estar en la capilla?

—Alguien tiene que cuidar del bebé —dije.

Él volvió la mirada hacia mí con ojos huecos. Su incompreensión decía: «para eso están las ayas».

Yo podría haberle dicho: «no tengo explicación alguna que dartes».

O podría haber argumentado: «todas las ayas están en el funeral. Todas anhelaban ir porque todo el mundo amaba a Kate. Todo el mundo, excepto tú».

—Cathy... —empezó a decir. Yo apreté contra mi pecho al bebé, ignorante de todo aquello, me di la vuelta y marché.



Si no se hubiera casado con Thomas, Kate estaría aún viva. Debería haberse quedado viuda esa última vez. La muerte del rey dio paso a su tercera viudedad, haciéndola reina en solitario. Yo estuve cerca durante los últimos días de Enri-

que por si ella me hubiese necesitado, pero no la acompañaba cuando llegó la noticia. Estaba dando un paseo por los jardines, concediéndome unos momentos a mí misma. Cuando regresé a su alcoba, sin saber nada aún, pidió a todo el mundo que saliera y nos dejara a las dos a solas. Tenía en la mano un par de anteojos (montura de plata y lentes venecianas) que había recomendado a Enrique comprar y que este siempre se iba dejando aquí y allí. Observé cómo todos abandonaban la alcoba como si su retirada le interesara enormemente. Siempre tan educada, Kate. No me dirigió la mirada hasta que el último de ellos hubo salido y sólo sus perros quedaron en la sala, tumbados frente al hogar. La expresión de discreto interés desapareció de su rostro; de hecho, toda expresión desapareció de su rostro. Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

Nunca la había visto llorar. Jamás, en todos nuestros años de amistad. Ella tampoco me había visto llorar a mí, por cierto. En cualquier caso, me di cuenta de que si eso ocurría ella sabría exactamente qué hacer. No puedo suponer el qué, pero ella lo sabría. Estaría a la altura. Me consolaría, imaginaba, sin dejarme tomar conciencia de mí misma. Por el momento, no obstante, doblada sobre su regazo en aquella gran silla, parecía torpe. Usualmente sabía ocultar bien ese desgarbo suyo e incluso podía hacerlo jugar a su favor convirtiéndolo en otra cosa, hacerlo digno. Me acuclillé junto a ella, torpe también, y acaricié su hombro huesudo. Su llanto se hizo más intenso. Yo no sabía si se debía a que yo estaba haciendo lo adecuado o todo lo contrario. La exasperación me mareaba. «Dime qué hacer y lo haré», quise decir.

Mi marido había muerto sólo dos años antes de ese momento en que me arrodillaba y pasaba mi brazo sobre los hombros de Kate. Mi marido, que estuvo junto a mí durante doce años. Enviudé a los veintiséis años. Charles era algo mayor que Enrique, tenía sesenta, pero estaba en buena forma y podría haber pasado por un hombre de cuarenta. Su muerte, traída por una repentina enfermedad, fue todo un jarro de agua fría. Las lágrimas de Kate no eran, sin embargo, producto de un golpe tal.

Habían estado casados cuatro años. Kate lo conoció bastante bien cuando él era hermoso y su corazón era aún grande. Esos días, sin embargo, eran ya lejanos cuando Kate fue persuadida con el altar y con el futuro de Inglaterra. Durante el matrimonio, Enrique se convirtió en un monstruo irascible y retrógrado. No tenía sentido fingir otra cosa. No podía ser la pérdida de su esposo lo que hacía llorar a Kate.

Pero sí el reinado: la pérdida de la corona. Había amado ser reina. No sólo el trabajo que requería la posición, el fácil pero tedioso protocolo, sino la posibilidad de traer el cambio. Como monarca, había tenido la oportunidad de hacerse valedora de determinadas personas, discretamente, con su estilo inconfundible. Estaba dotada para ello: la conversación, la confidencia. Nunca le había faltado la confianza de sus súbditos, pero como reina siempre contaba con la atención y el interés de cualquiera que tuviera cierta influencia. Un trabajo delicado para el que yo jamás habría tenido paciencia suficiente. Yo opino que estos son tiempos para vivir; los tiempos que hay que vivir, de hecho, porque el mundo está abriéndose

a nuevas ideas y la verdad está ahí, ahora, esperándonos. Sólo hay que buscarla. Y si quienes pueden no se hacen con ella, si no buscan, si no hacen el esfuerzo de aprender, es porque son perezosos, ególatras. Son cobardes. Sin embargo, Kate creía que las personas tardan en cambiar porque están asustadas, desorientadas, mal informadas. Y la gente confiaba en ella. En mí no confiaba nadie. No estoy hecha para que se deposite confianza en mí. Kate solía repetirme: «todos tenemos nuestros talentos, Cathy». No sé si nunca dijo los míos, o si los he olvidado.

La corona había sido la gran oportunidad de Kate. Ese súbito día de enero, sin haber cometido una sola falta, se la arrebataban. Para ella todo ha acabado antes de tiempo. Sólo cuatro años, y quedaba tanto por hacer. Era comprensible que se sintiera desdichada. En realidad, nunca la había visto sentirse así. Asustada, sí. Es imposible, además de estúpido, vivir nuestro tiempo sin sentir miedo. También la había visto furiosa, dejando a un lado su extrema compostura. Pero nunca desdichada. La desdicha es algo que uno siente en relación a su propia persona, y Kate no hacía eso. Ella no era así. O no lo había sido hasta ese momento.

Un mes después, ocurrió algo que me hizo recapacitar: su abatimiento, el día de la muerte del rey, no tenía tanto que ver con su desposeimiento de la corona como había imaginado. Al menos unas pocas de aquellas lágrimas se debían a un hecho palpable: era una mujer bien entrada en los treinta, sin hijos y de nuevo soltera. ¿Quién querría desposarla ahora?